

Un médico escritor

Una labor dedicada al prójimo

El doctor Manuel Aguilar Bonilla es ampliamente conocido en Costa Rica como un médico eminente que ha dedicado toda su vida a la noble tarea de preservar o recobrar la salud de sus conciudadanos y, además, como un hombre que entró en la política con el único afán de servir a sus semejantes y, aunque ocupó posiciones muy altas, inclusive la Vicepresidencia y, durante algunos cortos períodos, la Presidencia de la República, sus manos nunca se mancharon con la menor



**MARIO
MADRIGAL**

ventaja económica escudada en su alta posición. Contrasta esta actitud noble con los escándalos actuales que, por cierto, no son algo nuevo e inesperado porque ha habido corrupción desde hace muchos años y la lista de estos delitos es muy larga y bastante conocida. La diferencia es que ahora, por primera vez, se persiguen estos delitos en forma enérgica y exhaustiva sin importar cuán importante o cuán rico es el culpable. Hay un grupo de funcionarios, encabezado por el fiscal general, Francisco Dall'Anese, que merece el reconocimiento y la felicitación de todos los costarricenses.

Al mismo tiempo no es conveniente que, en aras de desenmascarar a los corruptos, se propicie una especie de circo romano o de barras de fútbol que en forma vulgar, grosera y casi inhu-

mana agreden a los acusados mucho antes de que la justicia los haya declarado culpables. Existe, también, mucha ignorancia en nuestro medio, como la queja casi generalizada de que a los pobres los mandan a la cárcel mientras que a los ricos y a los poderosos se les permita que esta cárcel sea su propia casa. Pero la verdad es que son muy pocos los acusados de cualquier delito, pobres o ricos, famosos o desconocidos que van a prisión, y en buena hora que así sea, ya que sería absurdo pensar que todos los acusados de lo que sea tengan que permanecer en una cárcel mientras se decide si son culpables o no.

Recuerdos de una vida. Pero, volviendo al doctor Aguilar Bonilla, su vida ha sido ejemplar como médico y como hombre público. Y ahora, después de tantos años, nos sorprende con un libro, *Anécdotas*, en el cual plasma sus recuerdos y su vida.

A mí no me sorprendió descubrir esta nueva faceta ya que Manuel fue siempre una persona interesada en las artes. Recuerdo varias tardes que pasé en su compañía en la cabaña que tenía cerca del volcán Irazú —río, niebla y largo musgo blanco en los árboles— cuando conversamos sobre muchos temas literarios. Su hija Marcela es una magnífica bailarina y coreógrafa y ha tenido mucho éxito en México, donde

reside. Recuerdo algunas veces haber jugado tenis con ella, hace ya muchos años, y su tímida conversación apenas si semiocultaba joyas artísticas.

Aunque esa cabaña era un lugar de descanso, Manuel instaló un consultorio médico y todos los domingos en las tardes atendía a cualquier paciente que llegara, y no solo no cobraba por su consulta, sino que les regalaba las medicinas. Esto lo hizo durante muchos años, hasta que vendió la cabaña, que es ahora un lugar de recreo de Pilar Cisneros y Édgar Espinoza.

Había escrito... recetas. En el libro Manuel narra en forma amena algunas experiencias desde su niñez hasta los momentos actuales. Como nos cuenta Vilma Loría en su bien escrito prólogo, lo llevó una vez a un curso de narrativa en la Universidad de Costa Rica y, cuando la profesora le preguntó si había escrito algo antes, le contestó: "Sí. Recetas para mis pacientes...".

Pero hay en estas anécdotas mucho más que recetas. Muestran, por ejemplo, su enorme vocación de ser médico y cómo partió para México a estudiar allí —no había entonces en Costa Rica escuela de Medicina— con solo \$600 en sus bolsillos y cómo pudo sobrevivir en la mayor pobreza hasta cumplir su propósito de regresar con el título de médico.

Pero, me parece, regresó con algo más: el deseo de trabajar para el beneficio de todos los ciudadanos, no el suyo, ya que esto fue su derrotero en la medicina, en la política o simplemente en el vivir de todos los días.